



# EL PROBLEMA FINAL



Sir Arthur Conan Doyle



# El problema final

Diciembre de 1893

Sir Arthur Conan Doyle



**Sherlock-Holmes.es**

Tomo la pluma con tristeza para redactar estos pocos párrafos, que serán los últimos que yo dedicaré a dejar constancia de las singulares dotes que distinguieron a mi amigo el señor Sherlock Holmes. Me he esforzado, aunque de una manera inconexa y, estoy profundamente convencido de ello, del todo inadecuada, en relatar como he podido las extraordinarias aventuras que me han ocurrido en su compañía desde que la casualidad nos juntó, en el período del Estudio en escarlata, hasta la intervención de Holmes en el asunto de El Tratado naval, intervención que tuvo como consecuencia indiscutible la de evitar una grave complicación internacional. Era propósito mío el haber terminado con ese relato, sin hablar para nada del suceso que dejó en mi vida un vacío que los dos años transcurridos desde entonces han hecho muy poco por llenar. Pero las recientes cartas en que el coronel James Moriarty defiende la memoria de su hermano me fuerzan a ello, y no tengo otra alternativa que la de exponer los hechos tal como ocurrieron.

Soy la única persona que conoce la verdad exacta del caso, y estoy convencido de que ha llegado el momento en que a nada bueno conduce el suprimirla. Por lo que yo sé, sólo han aparecido en la Prensa tres relatos: el que publicó el *Journal de Geneve* el día 6 de mayo de 1891, el telegrama de *Reuter* que apareció en los diarios ingleses el día 7 de mayo y, por último, las cartas recientes a que antes aludí. El primero y el segundo de estos relatos son sumamente lacónicos, en tanto que el último tergiversa por completo los hechos, según voy a demostrarlo. Me toca a mí el contar por primera vez qué es lo que verdaderamente ocurrió entre el profesor Moriarty y el señor Sherlock Holmes.



Se recordará que después de mi matrimonio y de mi consiguiente iniciación en el ejercicio independiente de la profesión médica se vieron, hasta cierto punto, modificadas las íntimas relaciones que habían existido entre Holmes y yo. Siguió recurriendo a mí de cuando en cuando, es decir, siempre que deseaba tener un compañero en sus investigaciones, pero tales oportunidades fueron haciéndose cada vez más raras, como lo demuestra el que sólo conservo notas de tres casos durante el año 1890. Leí en los periódicos, durante el invierno de ese año y los comienzos de la primavera de 1891, que el Gobierno francés había comprometido sus servicios en un asunto de suprema importancia, y recibí de Holmes dos cartas, fechada la una en Narbona y la otra en Nimes, de las que deduje la probabilidad de que su estancia en el país francés iba a ser larga. Por eso me produjo cierta sorpresa el verlo entrar en mi consultorio la tarde del día 24 de abril. Me produjo la impresión de que estaba más pálido y enjuto que de costumbre.

—Sí, me he estado empleando con bastante generosidad — me explicó, respondiendo a mi mirada más bien que a mis palabras—. Los asuntos me han apremiado algo en los últimos tiempos. ¿Le causará alguna molestia si cierro los postigos de la ventana?

No había en la habitación otra luz que la que proporcionaba la lámpara colocada encima de la mesa en que yo estaba leyendo. Holmes avanzó pegado a la pared hasta llegar a la ventana, y juntando los postigos los aseguró por dentro con el pestillo.

—¿Tiene usted miedo de algo? —le pregunté.

—Lo tengo.

—¿De qué?

—De los fusiles de aire comprimido.

—¿Qué me quiere dar a entender, querido Holmes?

—Creo que usted me conoce lo bastante bien, Watson, para saber que no soy en modo alguno un hombre nervioso. Por otra parte, el cerrar los ojos al peligro cuando uno lo tiene encima es estupidez y no valentía.

—¿Me puede dar usted una cerilla?

Aspiró el humo de su cigarrillo como si recibiese con gratitud su influencia sedante.

—Tengo que pedirle disculpa por venir tan tarde, y, además, he de suplicarle que se muestre tan poco apegado a las buenas formas que me permita dentro de un rato abandonar su casa descolgándome por la pared del jardín posterior.

—Pero, ¿qué significa todo esto? —le pregunté.

Alargó la mano y pude ver a la luz de la lámpara que dos de los nudillos de sus dedos estaban reventados y sangrando.

—Como ve, no se trata de una minucia impalpable —me contestó, sonriendo—. Todo lo contrario, se trata de algo lo bastante más sólido como para destrozarle a un hombre la mano. ¿Está en casa su señora?

—Está ausente, pues marchó de visita.

—¡Ah, sí! ¿Está usted solo?

—Completamente.

—Pues entonces ya me resulta menos violento el proponerle que se venga a pasar conmigo una semana en el continente.

—¿En qué parte?

—¡Oh, donde quiera! Para mí es lo mismo.

Todo aquello resultaba muy extraño. No entraba en el carácter de Holmes el tomarse unas vacaciones sin una finalidad concreta, y algo que observé en su rostro, pálido y cansado, me dio a entender que los nervios de mi amigo estaban en el punto máximo de tensión. El vio en mis ojos la pregunta y, juntando las yemas de sus dedos y colocando los codos encima de sus rodillas, me explicó lo que ocurría.



—Es probable que jamás haya oído usted hablar del profesor Moriarty, ¿verdad? —me preguntó.

—Jamás.

—¡Ahí está precisamente lo genial y asombroso del asunto! —exclamó—. El hombre llena por completo Londres, y nadie ha oído hablar de él. Esa razón es la que lo empujó hasta la cumbre en los fastos del crimen. Le digo con toda seriedad, Watson, que si yo consiguiera vencer a ese hombre, si me fuera posible libertar de él a la sociedad, tendría la sensación de que mi carrera había alcanzado su cúspide, y estaría dispuesto a consagrarme a un género de vida más sosegado. Entre nosotros, los casos recientes en los que pude ser de utilidad a la real familia de Escandinavia y a la República francesa me han colocado en una situación tal que me sería posible seguir viviendo de la manera tranquila que va tan bien con mi carácter, y concentrar mi atención en mis investigaciones químicas. Pero yo no podría descansar, Watson, no podría permanecer tranquilo en mi sillón, con el pensamiento de que un hombre como el profesor Moriarty se paseaba por las calles de Londres sin que nadie le fuese a la mano.

—Pero ¿qué es lo que él ha hecho?

—Su carrera ha sido de las extraordinarias. Es hombre de buena cuna y de excelente educación, y está dotado por la Naturaleza de una capacidad matemática fenomenal. A la edad de veintiún años escribió un tratado sobre el teorema de los binomios, que alcanzó boga en toda Europa. Con esa base ganó la cátedra de matemáticas en una de nuestras universidades menores. Se abría delante de él, según todas las apariencias, una brillante carrera. Pero el hombre en cuestión tenía ciertas tendencias hereditarias de la índole más diabólica. Coma por sus venas sangre criminal que, en vez de modificarse, se multiplicó y se hizo infinitamente más peligrosa mediante sus extraordinarias dotes mentales. Circularon negros rumores en torno suyo por la ciudad en que estaba situada la Universidad y, por fin, se vio obligado a renunciar a su cátedra y a venir a Londres, donde se estableció como preparador de oficiales del ejército.

Todo eso es lo que el mundo sabe del profesor, pero ahora le voy a contar lo que yo mismo he descubierto. Usted sabe bien, Watson, que nadie conoce tan bien como yo el alto mundo de la criminalidad londinense. Por espacio de varios años he vivido con la constante sensación de que detrás de los malhechores existía algún poder, un poder de gran capacidad organizadora, que se cruza siempre en el camino de la justicia y que cubre con su escudo a los delincuentes. Una y otra

vez, en casos de la más diversa variedad, falsificaciones, robos, asesinatos, he palpado la presencia de esa fuerza de que le hablo, y he deducido la intervención de su mano en muchos de los crímenes que no llegaron a descubrirse y en los que no se me consultó personalmente. Me he esforzado durante años en rasgar el velo que envolvía ese poder. Hasta que llegó el momento en que pude agarrar mi hilo y lo seguí, y ese hilo me condujo, después de mil astutos rodeos, hasta el profesor Moriarty, el afamado matemático. Watson, ese hombre es el Napoleón del crimen.

Es el organizador de la mitad de los delitos y de casi todo lo que no llega a descubrirse en esta gran ciudad. Ese hombre es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Posee un cerebro de primer orden. Permanece inmóvil en su sitio, igual que una araña tiende mil hilos radiales y él conoce perfectamente todos los estremecimientos de cada uno de ellos. Es muy poco lo que actúa personalmente. Se limita a proyectar. Pero sus agentes son numerosos y magníficamente organizados. En cuanto hay un crimen que cometer, un documento que sustraer, una casa que saquear, un hombre a quien quitar de en medio, se notifica al profesor lo que ocurre, se organiza el hecho y se lleva a cabo. Existe la posibilidad de que el agente sea apresado. En ese caso hay siempre dinero dispuesto para ofrecer como garantía de su libertad provisional o para su defensa. Pero el poder central que se sirve de ese agente no cae nunca en manos de la justicia, y ni siquiera llega a sospecharse su existencia. He aquí la organización de cuya realidad me aseguré mediante deducciones, Watson, y a cuyo descubrimiento público y destrucción he dedicado todas mis energías. Pero el profesor se había rodeado de salvaguardias tan astutamente colocadas que hiciese yo lo que hiciese, parecía imposible lograr pruebas capaces de demostrar su culpabilidad ante un tribunal de justicia. Usted, mi querido Watson, conoce los puntos que yo calzo, pero al cabo de tres meses me vi obligado a confesar que había tropezado, por fin, con un antagonista que me igualaba en capacidad intelectual. El horror que me inspiraban sus crímenes se diluyó en mi admiración ante su destreza. Pero un buen día tuvo un resbalón pequeño, pequeñísimo. Sin embargo, fue más que suficiente, y yo le caí encima. Se me había presentado mi oportunidad, y, partiendo de aquel resbalón, he urdido mi red en torno al profesor. La red está a punto de cerrarse. De aquí a tres días, es decir, el lunes próximo, estarán las cosas maduras, y el profesor caerá en manos de la Policía con todos los miembros destacados de su cuadrilla. Entonces presenciaremos la vista de la mayor causa criminal del siglo, el esclarecimiento de cuarenta y tantos misterios y el dogal como condena de cada uno de ellos; pero, compréndame, si actuamos prematuramente, quizá se nos escurran de entre las manos incluso en el último instante. Ahora bien: si hubiésemos podido hacer esto sin que se enterase el profesor Moriarty, todo habría salido a pedir de boca. Pero es hombre demasiado precavido para semejante cosa. A él no se le escapó ni uno solo de los pasos que yo he dado para ir cercándolo con mis lazos. Una y otra vez ha intentado romper el cerco, pero siempre he desbaratado yo sus tentativas.

Le digo, amigo mío, que si fuera posible escribir un relato detallado de esa lucha silenciosa, sería considerado como el ejercicio más brillante de estocadas y paradas de la historia del detectivismo. Jamás me he elevado yo a tales alturas y jamás me he visto tan duramente acosado por mi adversario. El hiló muy fino, pero yo afiné todavía más. Esta mañana se han tomado las últimas disposiciones, y sólo se necesitarán tres días para dar cima al asunto. Me hallaba yo sentado en mi habitación, discurriendo sobre este asunto, cuando se abrió la puerta y compareció ante mí el profesor Moriarty. Yo tengo los nervios bastante bien templados, Watson, pero tengo que confesar que di un respingo al ver en pie, en el umbral de mi puerta, al mismísimo hombre que no se apartaba de mis pensamientos. Yo estaba familiarizado con su aspecto personal. Es un hombre muy alto y seco; su frente ancha se yergue en blanca curva como un torreón, y tiene los ojos profundamente hundidos en el cráneo. Va completamente afeitado, es pálido, de apariencia asceta y conserva en sus rasgos ciertas características propias de un profesor. Es cargado de hombros, debido a su mucho estudiar, y mantiene su rostro adelantado en una especie de perpetua y lenta oscilación de un lado para otro, al extraño modo de los reptiles. Me miró con sus ojos medio cerrados, con expresión de curiosidad, y, por fin, me dijo: «Posee usted un desarrollo frontal inferior al que yo calculaba. Es una costumbre peligrosa la de poner el dedo en el gatillo de un arma cargada que se lleva en el batín.» La verdad es que yo me di cuenta, así que él entró, del gravísimo peligro personal en que me encontraba. No había para él otra posible escapatoria que la de silenciar mi lengua.



Fue cosa de un instante el sacar el revólver del cajón, meterlo en mi bolsillo y apuntarle por detrás de la tela. Al oírle hablar así, saqué mi revólver y lo coloqué encima de la mesa con el gatillo levantado. El profesor seguía sonriéndome y parpadeando, pero algo tenían sus ojos que me hizo alegrarme de tener a mano el arma «Está claro que usted no me conoce», dijo. «Todo lo contrario — le contesté—; creo que está bastante claro que lo conozco. Siéntese, por favor. Le puedo dedicar cinco minutos si tiene algo que manifestarme.»

«Todo cuanto querría decirle yo ha cruzado ahora por su imaginación», me contestó. «Pues entonces, quizá haya cruzado mi respuesta por la suya», le dije. «¿Sigue usted en sus trece?» «Por completo.» Metió él de golpe la mano en su bolsillo, y yo empuñé el arma. Pero él se limitó a sacar un cuaderno en el que había garrapateado algunas notas, y dijo: «El cuatro de enero se cruzó usted en mi camino. El veintitrés me molestó; hacia mediados de febrero esas molestias se hicieron muy serias; a fines de marzo me vi sumamente embarazado en mis proyectos, y ahora, a fines de abril, me encuentro colocado en situación tal, por culpa de la persecución constante de que usted me ha hecho objeto, que estoy en verdadero peligro de perder mi libertad. La situación se está haciendo imposible.» «¿Tiene usted alguna sugerencia que hacer?», le pregunté.

«Debe usted abandonar el asunto, señor Holmes —me dijo, con el balanceo característico de su cara—. Ya sabe usted que debe abandonarlo.» «Después del lunes», le contesté. «¡Vaya, vaya! —dijo él—. Un hombre de su inteligencia tiene que comprender que este negocio no tiene sino una salida. Es preciso que usted se retire. Ha dispuesto usted las cosas de tal manera que sólo nos ha dejado una alternativa. Para mí ha constituido un placer intelectual la manera como ha abordado



usted este problema, y le aseguro, con sinceridad, que me dolería muchísimo el verme obligado a recurrir a una medida extrema. Usted se sonríe, pero le aseguro que me dolería» «El peligro es una parte de mi profesión», le hice notar. «Aquí no se trata de un peligro. Se trata de una destrucción inevitable. Usted no se interpone solamente en el camino de un individuo, sino en el de una poderosa organización, cuyo alcance pleno usted, a pesar de toda su inteligencia, ha sido incapaz de medir. Señor Holmes, debe apartarse o, de lo contrario, será pisoteado.» «Estoy viendo que el placer que me proporciona esta conversación me hace desatender asuntos de importancia que me esperan en otra parte», le dije poniéndome en pie. También él se levantó y me miró en silencio, moviendo tristemente la cabeza. «Bueno, bueno —dijo por último—. Parece una lástima, pero he hecho cuanto estuvo en mi mano. Conozco una por una todas sus jugadas. Nada puede usted hacer

antes del lunes. Hemos sostenido un duelo usted y yo, Holmes. Usted espera llevarme al banquillo. Yo le aseguro que jamás me sentaré en el banquillo. Usted confía en vencerme. Yo le aseguro que no me vencerá jamás. Si su habilidad llega hasta destrozarme, tenga la seguridad de que yo haré lo propio con usted.» «Señor Moriarty, usted me ha dirigido varios cumplidos —contesté yo—. Permítame que le diga a mi vez que, si yo estuviera seguro de la primera de estas alternativas, aceptaría gustoso, en interés del público, la segunda» «Yo puedo prometerle una cosa, pero no la otra», contestó burlón, y con eso me volvió sus cargadas espaldas y salió del cuarto, fijándose en todo y parpadeando. Tal fue mi extraña entrevista con el profesor Moriarty.

Confieso que dejó en mí una desagradable impresión. Su manera de hablar, meliflua y concisa, produce un convencimiento de sinceridad que no conseguiría un simple fanfarrón. Naturalmente que usted me dirá «Por qué no adoptar contra el profesor ciertas precauciones policíacas?» Pues porque estoy bien convencido de que el ataque me vendrá de sus agentes. Poseo las mejores pruebas de que ocurriría eso.

—¿Ha sido usted ya objeto de alguna agresión?

—Mi querido Watson, no es el profesor Moriarty hombre que deje crecer la hierba bajo sus pies. A eso del mediodía salí para realizar unas transacciones en *Oxford Street*. Al cruzar desde la esquina de Bentinck Street hasta Welbeck Street, un carro de muebles tirado por dos caballos enloquecidos la dobló y se precipitó sobre mí como un rayo. Yo pegué un salto, gané la acera y me salvé por una fracción de segundo. El carro de muebles se precipitó desde Maylebone Lane y desapareció en un instante. Desde ese momento no me salí de la acera, Watson; pero cuando caminaba por Vere Street adelante, cayó del tejado de una de las casas un ladrillo y se hizo pedazos a mis pies. Llamé a la

policía y se revisó la casa. Había en el tejado unos montones de pizarras y de ladrillos destinados a algunas reparaciones y quisieron hacerme creer que el viento había volteado uno de estos últimos. Yo estaba mejor enterado, pero no podía probar nada. Después de eso, cogí un coche de alquiler y me dirigí a las habitaciones de mi hermano en Pall Mall, donde he pasado el día. Hace un rato, cuando venía hacia esta casa, fui atacado por un maleante armado de una porra. Lo derribé por el suelo, y la Policía lo tiene detenido, pero puedo decirle a usted con la más absoluta seguridad que no logrará en modo alguno establecerse- el que exista una conexión entre el individuo sobre cuyos dientes delanteros me he despellejado los nudillos y el aislado preparador matemático, que seguramente está a diez millas de allí resolviendo problemas en un encerado. No se extrañará, Watson, de que mi primer acto, al entrar en sus habitaciones, haya sido cerrar los postigos de sus ventanas, y el que me haya visto obligado a pedirle permiso para abandonar la casa por una salida menos visible que la puerta delantera.

Yo me había admirado con frecuencia del valor de mi amigo, pero nunca más que en aquel momento en que, sentado tranquilamente, iba enumerando una serie de incidentes que, reunidos, había hecho de aquél un día espantoso.

—¿Pasará usted aquí la noche? —le pregunté.

—No, amigo mío, porque quizá le resultase un huésped peligroso. Me he trazado mis planes, y todo saldrá bien. Las cosas se hallan tan avanzadas que la Policía puede actuar sin necesidad de mi ayuda, por lo que se refiere a las detenciones, aunque mi presencia sea indispensable como pieza de convicción ante el juez. Por consiguiente, está claro que lo mejor que puedo hacer es alejarme durante los pocos días que han de transcurrir antes de que la Policía tenga las manos libres para actuar. Por consiguiente, será para mí un gran placer el que usted me acompañe al continente.

—Mi clientela da poco trabajo, y, además, tengo un compañero y convecino muy dispuesto a servirme. Me alegrará, pues, acompañarle.

—¿Saliendo de aquí mañana por la mañana?

—Si es preciso.

—¡Oh, sí!, es muy necesario. Pues entonces, mi querido Watson, he aquí mis instrucciones, y yo le suplico que las siga al pie de la letra, porque está usted desde este momento metido en una partida, de pareja conmigo, contra el bribón más inteligente y contra la organización de criminales más poderosa de Europa. Escuche, pues: despachará usted los equipajes que tenga intención de llevar, entregándoselos a un mensajero de confianza esta noche, y sin poner etiqueta alguna, para que los lleve a la estación Victoria. Por la mañana enviará usted a buscar un coche *hansom*, ordenándole a su hombre que no tome ni el primero ni el segundo de los que le salgan al paso. Subirá rápidamente al coche, y marchará usted en él hasta el extremo que da al *Strand* de los soportales Lowther, entregándole la dirección al cochero escrita en un papelito con la indicación de que no lo tire. Tenga preparado el importe del viaje y, en el instante mismo en que se detenga su coche, atravesese corriendo los soportales, calculando el tiempo de manera que llegue al otro extremo a las nueve y cuarto. Junto al bordillo de la acera estará esperando un pequeño coche *brougham*, guiado por un cochero que llevará una gruesa capa negra con el cuello ribeteado de rojo. Se meterá usted dentro, y llegará a la estación Victoria con el tiempo suficiente para subir al expreso continental.

—¿Dónde me verá con usted?

—En la estación. El segundo coche de primera clase, contando desde la cabeza del tren, estará reservado para nosotros.

— De modo, que el lugar de la cita es dentro del coche del ferrocarril.

—En efecto.

Fue inútil el que insistiese con Holmes en que se quedase a pasar la velada. Era evidente para mí que él pensaba que su presencia podría acarrear molestias bajo el techo que le cobijaba, y que ése era el motivo que le impulsaba a marcharse. Se levantó después de pronunciar algunas frases precipitadas referentes a nuestros planes para el día siguiente, y salió conmigo al jardín, trepando por encima de la pared que linda con Mortimer Street. Llamó inmediatamente a un coche con un silbido, y le oí alejarse en el carruaje.

A la mañana siguiente me ceñí al pie de la letra a las instrucciones de Holmes. Se me buscó un *hansom*, adoptando todas las precauciones necesarias para impedir que estuviese preparado allí esperándonos a nosotros, e inmediatamente después de desayunarme salí para los soportales de

Lowther, que atravesé a todo correr de mis piernas. Me estaba esperando un coche *brougham* con un voluminoso cochero envuelto en una capa negra. En el instante mismo en que yo me metí dentro del coche, él fustigó a su caballo y rodamos estrepitosamente hacia la estación Victoria. En el momento de apearme hizo girar el carruaje, y se alejó a toda velocidad sin mirar siquiera hacia mí.

Todo había marchado hasta ese momento de manera admirable. Me esperaba mi equipaje y no tuve dificultad alguna en encontrar el coche que Holmes me había indicado, tanto más cuanto que era el único con el cartel de reservado. Mi sola preocupación desde ese momento era el que no hiciese acto de presencia Holmes. El reloj de la estación señalaba siete minutos tan sólo para la hora de salida del tren. En vano busqué entre los grupos de viajeros, y de gente que había ido a despedir a los mismos, la delgada silueta de mi amigo. No se le veía por ninguna parte. Perdí algunos minutos sirviendo de intérprete a un venerable sacerdote italiano, que se esforzaba por hacer comprender a



un mozo de equipajes en su inglés chapurreado que tenía que facturar su equipaje hasta París. Después eché un nuevo vistazo por todas partes, y regresé a mi coche, encontrándome con que el mozo de equipajes, sin hacer caso del cartelito, me había dado de compañero de viaje a mi decrépito amigo italiano. Fue inútil que yo intentase hacer comprender a éste que su presencia allí suponía un entremetimiento, porque el italiano que yo hablaba era todavía más escaso que el inglés que hablaba él; me encogí, pues, de hombros con resignación, y seguí buscando ansiosamente con la mirada a mi amigo. Me corrió por el cuerpo un escalofrío de miedo al pensar en que su ausencia podía significar que habían descargado sobre él durante la noche algún ataque. Ya estaban cerradas todas las portezuelas y había sonado el silbato, cuando...

—Mi querido Watson -dijo una voz—, ni siquiera ha tenido usted la condescendencia de darme los buenos días.

Me volví presa de irreprimible asombro. El anciano eclesiástico se había vuelto a mirarme. Instantáneamente, las arrugas se fueron alisando, la nariz se alejó de la barbilla, el labio inferior dejó de estar pendiente y la boca de farfullar, recobrando los ojos apagados su brillo e irguiéndose el cuerpo alicaído. Un instante después volvió todo él a desmadejarse, y Holmes desapareció con la misma rapidez con que había surgido.

—¡Santo Dios! —exclamé---. ¡Cómo me ha sobresaltado usted!

—Todas las precauciones siguen siendo necesarias —me cuchicheó—. Tengo razones para pensar que nos siguen la pista muy de cerca ¡Ahí está Moriarty en persona!

Al decir Holmes estas palabras el tren había empezado ya a moverse. Miré hacia atrás y vi a un hombre de mucha estatura abriéndose paso furiosamente a empujones por entre la multitud y haciendo señas con la mano como si deseara obligar al tren a pararse. Sin embargo, era demasiado tarde, porque íbamos ganando rápidamente velocidad, y un instante después nos lanzábamos fuera de la estación.

—Ya ve usted que con todas nuestras precauciones nos hemos escapado por un pelo -dijo Holmes, echándose a reír.

Se levantó, se quitó la sotana negra y el sombrero con que se había disfrazado, y los guardó dentro de un maletín.

—¿Leyó usted los periódicos de la mañana, Watson?

—No.

—¿No ha leído entonces nada acerca de Baker Street?

—¿Baker Street?

—Anoche pegaron fuego a nuestras habitaciones, aunque los perjuicios no han sido grandes.

—¡Válgame Dios, Holmes! Esto es intolerable.

—Debieron de perder por completo mi pista después de la detención por la Policía del hombre de la cachiporra. De otro modo, no habrían podido imaginarse que yo había regresado a mi domicilio.



Sin embargo, es evidente que tomaron la precaución de vigilarlo a usted, y eso es lo que trajo a Moriarty a la estación Victoria. ¿No habrá cometido usted algún error al venir?

—Hice todo exactamente tal y cual usted me indicó.

—¿Encontró usted al coche *brougham*?

—Sí, me estaba esperando.

—¿No adivinó quién era el cochero?

—No.

—Era mi hermano Mycroft. Es una ventaja en casos así el no verse en la precisión de confiar un secreto a una persona mercenaria. Pero vamos a calcular cuál debe ser nuestra conducta de aquí en adelante por lo que respecta a Moriarty.

—Como éste es un tren expreso y como el barco del estrecho funciona en conexión con el mismo, yo diría que nos hemos sacudido muy eficazmente al tal Moriarty.

—Mi querido Watson, por lo que veo, usted no comprendió todo el alcance de mis palabras cuando le dije que es preciso considerar a este hombre como el igual mío en el plano intelectual. Usted no se imaginará que si yo fuera el perseguidor me dejaría burlar por un obstáculo tan insignificante. ¿Por qué, pues, va usted a tener una opinión tan mezquina de él?

—¿Qué es lo que hará?

—Lo que haría yo.

—Pues entonces, ¿que haría usted?

—Hacer preparar un tren especial.

—Pero sería tarde.

—De ninguna manera. Este tren nuestro se detiene en Canterbury, y hay por lo menos un cuarto de hora de tiempo para la salida del barco. Allí nos alcanzará.

—Cualquiera pensaría que somos nosotros los criminales. Hagámoslo arrestar en cuanto llegue.

—Con ello echaríamos a perder la tarea de tres meses. Pescaríamos al pez gordo, pero los otros peces pequeños se nos desbandarían a derecha e izquierda de nuestra red. El lunes serán nuestros todos ellos. No, una detención es inadmisibile en este momento.

—¿Qué haremos, pues?

—Nos apearemos en Canterbury.

—¿Y luego?

—Pues tendremos que hacer un viaje a través del país hasta Newhaven, y desde allí cruzaremos el estrecho hasta Dieppe. Moriarty hará otra vez lo que haríamos nosotros. Seguirá viaje hasta París, descubrirá nuestros equipajes y montará la guardia durante dos días en el depósito de los mismos. Entre tanto, nosotros nos obsequiaremos con un par de maletines, fomentaremos la fabricación en los países por los que viajemos y nos dirigiremos tranquilamente a Suiza, pasando por Luxemburgo y Basilea.



Yo soy un viajero demasiado curtido para que la pérdida de mi equipaje me cause serios inconvenientes; pero confieso que me molestó la idea de verme obligado a andar con tretas y ocultaciones frente a un hombre cuya historia estaba manchada de infamias indecibles. Sin embargo, era evidente que Holmes veía la situación con mayor claridad que yo. Por consiguiente, nos apeamos del tren en Canterbury, encontrándonos con que teníamos que esperar una hora antes de que saliese el primer tren para Newhaven.

Aún seguía yo mirando con tristeza hacia el furgón que

contenía mi equipaje y que desaparecía rápidamente, cuando Holmes me tiró de la manga y me señaló un punto lejano de la línea

—Ya lo ve usted —me dijo.

Muy lejos, de entre los bosques de Kent, se alzaba una fina nubecilla de humo. Un minuto después pudimos ver cómo desembocaba a toda velocidad un tren compuesto de la máquina y un vagón por la curva amplia que conduce a la estación. Tuvimos el tiempo justo de situarnos detrás de una pila de equipajes; el tren pasó retumbando con estrépito y lanzándonos a la cara una vaharada de aire caliente.

—Allá se nos va -dijo Holmes, viendo cómo el único coche de aquel tren saltaba y se balanceaba al pasar por las agujas—. Como usted ve, la inteligencia de nuestro amigo tiene ciertos límites. Si él hubiese razonado, calculando lo que haríamos nosotros y actuando en consecuencia, habría dado con ella un *coup de maître*.

—¿Y qué habría hecho si nos hubiese dado alcance?

—No puede haber la menor duda de que habría lanzado contra mí un ataque asesino. Sin embargo, ése es un juego en que los jugadores pueden ser dos. La cuestión ahora es la de si debemos hacer aquí un temprano desayuno, o si debemos correr el peligro de pasar hambre antes de que lleguemos al buffet de Newhaven.

Aquella noche llegamos a Bruselas, donde pasamos dos días, siguiendo al siguiente nuestro viaje hasta llegar a Estrasburgo. El lunes por la mañana Holmes telegrafió a la Policía londinense, y por la noche encontramos la contestación al llegar a nuestro hotel. Holmes rasgó el sobre, y luego lo tiró al fuego de la chimenea, lanzando una amarga maldición.

—Debí suponérmelo —suspiró—. ¡Se ha escapado!

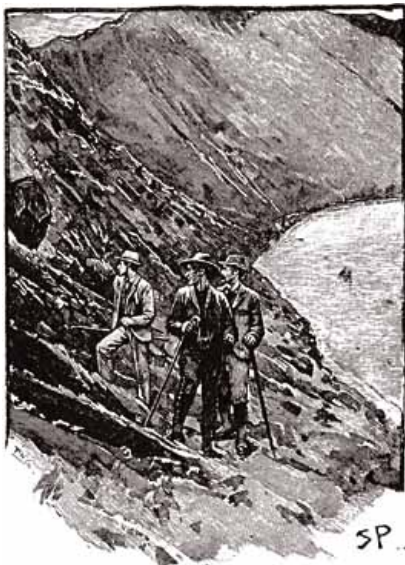
—¡Moriarty!

—Han atrapado a toda la cuadrilla menos a él. Les dio esquinazo. Naturalmente, una vez que yo me ausenté del país, ya no hubo nadie capaz de hacerle frente. Sin embargo, yo creí que les había entregado la pieza de caza en sus propias manos. Watson, creo que lo mejor será que regrese usted a Inglaterra.

—¿Por qué?

—Porque voy a resultarle de ahora en adelante un compañero peligroso. Este hombre ha perdido su ocupación. Si yo no me equivoco acerca de su carácter, consagrará todas sus energías a vengarse de mí. Si regresa a Londres está perdido. En nuestra breve entrevista me lo dijo, yo creo que hablaba en serio. Así pues, tengo que recomendarle que vuelva usted y atienda a su clientela

No eran ésas unas palabras como para que ejerciesen influencia en quien era, como yo soy, un veterano de la guerra y también un veterano amigo. Estuvimos discutiendo el asunto por espacio de media hora en el comedor de Estrasburgo, pero esa misma noche reanudamos el viaje y marchamos camino de Ginebra.



Durante una semana encantadora vagabundamos por el valle del Ródano, y después, desviándonos en Leuk, cruzamos el paso de Gemmy, cubierto aún por una espesa capa de nieve, dirigiéndonos por Interlaken a Meiringen. Fue un viaje encantador, entre el verdor delicioso de la primavera que se distinguía debajo de nosotros y el blanco virginal del invierno por encima; pero también fue evidente para mí que ni por un instante se olvidaba Holmes de la sombra que se cruzaba en su camino. En las sencillas aldeas de los Alpes o en los solitarios pasos de la montaña advertía yo, por el rápido ir y venir de sus ojos y su aguda manera de escudriñar todas las caras que con nosotros se cruzaban, que él estaba muy convencido de que fuésemos a donde fuésemos, no conseguiríamos ponernos a distancia del peligro que seguía nuestros pasos.

Recuerdo que en cierta ocasión, cuando cruzábamos el Gemmy y caminábamos por la orilla del melancólico Daubensee, rodó con estrépito una gran roca desprendida del espolón que se

alzaba a nuestra derecha y fue a parar rugiendo al lago a espaldas de nosotros. Holmes corrió al instante hasta lo alto del espolón y, en pie en una alta cima, alargó su cuello en todas direcciones.

Fue inútil que nuestro guía le asegurase que en ese lugar y durante la primavera venía a ser cosa corriente el que se desplomasen algunos peñascos. Holmes no dijo nada, pero se sonrió mirándome con la expresión de quien ve cumplirse algo que él espera.

Sin embargo, ese constante estar en guardia no abatió nunca su buen humor. Al contrario, no recuerdo haberlo visto jamás de una alegría tan, exuberante. Una y otra vez traía a colación el hecho de que si él estuviera seguro de que la sociedad quedaba libre del profesor Moriarty, acabaría su propia carrera muy alegremente.

—Watson, yo creo que puedo llegar hasta ufanarme de que mi vida no ha sido por completo vana —me dijo a modo de comentario-. Si esta noche llegase a su fin la historia de la mía, podría yo contemplarla con ecuanimidad. Mi presencia ha contribuido a purificar la atmósfera de Londres. No recuerdo, en más de mil casos, uno solo en el que yo haya empleado mis facultades en favor de la parte culpable. En los últimos tiempos me he sentido inclinado a bucear en los problemas originados por la Naturaleza, más bien que en aquellos otros más superficiales de que es responsable nuestro artificioso sistema social. Sus Memorias, Watson, llegarán a su fin el día en que yo corone mi carrera con la captura o muerte del más peligroso y más inteligente criminal de Europa.

Seré conciso, aunque siempre exacto, en lo poco que aún me queda por relatar. No es tema en el que a mí me agrada extenderme, pero tengo conciencia de que hay un deber que me obliga a no omitir ningún detalle.

El día 3 de mayo llegamos a la pequeña aldea de Meirigen, donde nos alojamos en el Englischer Hof, atendido entonces por Peter Steiler, padre. Era el dueño del hotel un hombre inteligente y hablaba perfectamente el inglés, por haber servido durante tres años de camarero en el Grosvenor Hotel, de Londres. Por consejo suyo salimos juntos la tarde del día 4 con el propósito de cruzar las colinas y pasar la noche en la pequeña aldea de Rosenloui. Sin embargo, insistió en que no cruzásemos bajo ningún concepto frente a la catarata de Reichenbach, que se encuentra más o menos a mitad de altura de la colina, sin hacer un pequeño rodeo para contemplarla.

Se trata, sin duda alguna, de un sitio que causa pavor. El torrente, crecido por el deshielo, se precipita en un abismo tremendo, del que salta hacia arriba el agua convertida en fino rocío que parece la humareda de una casa incendiada. El abismo en que el río se precipita forma una inmensa hendidura, entre paredes de roca reluciente y negra como el carbón, que se van estrechando hasta desembocar en un pozo de incalculable profundidad, que rebosa y despide con fuerza la corriente de agua por encima de sus dentados bordes. La larga masa de agua que cae eternamente rugiendo, y la tupida nube ondulante de vapor de agua que asciende eternamente silbando, marea con su estruendo y con sus remolinos a quien las mira. Desde cerca del borde mirábamos hacia la hondura contemplando el centelleo de las aguas que se estrellaban contra las negras rocas, mucho más abajo que nosotros, y escuchábamos el griterío, que tenía algo de cosa viva, que subía retumbando desde el hondo abismo con los borbollones de agua menudísima.

Ha sido abierto un sendero en semicircunferencia alrededor de la cascada, y desde el mismo se domina ésta por completo; pero termina bruscamente, y el viajero se ve obligado a retroceder sobre sus pasos. Dimos media vuelta para hacerlo, cuando vimos que un mozo suizo avanzaba corriendo, con una carta en la mano. Traía ésta el membrete del hotel que acabábamos de dejar, y me la dirigía a mí el dueño del mismo. Decía en ella que, a los pocos minutos de marcharnos, había llegado una señora inglesa que parecía estar en el grado más avanzado de consunción. Había invernado en Davos Platz, y marchaba a reunirse con amigos suyos que estaban en Lucerna, cuando la acometió una repentina hemorragia. Se creía que apenas le quedaban algunas horas de vida, pero sería para ella un gran consuelo el verse atendida por un médico inglés, de manera que, si yo quería regresar, etc., etc. El bueno de Steiler me daba la seguridad, en una posdata, de que él lo consideraría como un gran favor personal, ya que la señora aquélla se negaba a que la atendiese un médico suizo, por lo cual Steiler creía estar incurriendo en una grave responsabilidad.

Yo no podía mostrarme sordo a semejante requerimiento. Era imposible rehusar acudir a la llamada de una compatriota que se moría en tierra extraña. Sin embargo, sentí escrúpulos de abandonar a Holmes. Al fin convinimos en que el joven mensajero suizo se quedaría con él, sirviéndole de guía y de acompañante mientras yo regresaba a Meiringen. Mi amigo me dijo que quería permanecer un ratito más junto a la cascada, y que luego seguiría camino lentamente, hasta pasar al otro lado de la colina y llegar a Rosenloui, lugar donde yo me reuniría con él a la caída de la

tarde. Cuando yo me alejaba, vi a Holmes apoyado de espaldas contra una roca, cruzado de brazos y viendo precipitarse las aguas en el abismo que había a sus pies. Era ésa la última visión que de él había yo de tener en este mundo.



Cuando me hallaba al pie de la cuesta me volví para mirar hacia atrás. Desde este sitio me era imposible a mí contemplar la cascada, pero sí podía distinguir la curva del sendero que zigzagueaba por encima de la lomera de la colina y conducía hasta ella. Recuerdo que un hombre avanzaba con gran rapidez por ese sendero. Distinguí su negra silueta perfectamente dibujada sobre el fondo azul. Me fijé en él y también me llamó la atención la energía con que caminaba, pero dejé de pensar en su persona para marchar rápidamente a cumplir mi cometido.

Tardaría yo poco más de una hora en llegar a Meiringen. El viejo Steiler estaba en pie en el pórtico de su hotel.

—Bueno —le dije, acercándome presuroso—, confío en que esa señora no habrá empeorado.

Una mirada de sorpresa cruzó por su cara, y mi corazón se volvió como de plomo dentro de mi pecho, observando el primer temblor de sus cejas al arquearse.

—¿No es usted quien ha escrito esto? —le dije, sacando la carta del bolsillo—. ¿No hay en el hotel ninguna señora inglesa enferma?

—De ninguna manera —exclamó sorprendido—. ¡Pero tiene el membrete del hotel! ¡Ya caigo! Debí de escribirlo aquel inglés muy alto que llegó después que ustedes se marcharon. Dijo que...

Pero yo no esperé a oír las explicaciones del dueño del hotel. Acometido de un hormigueo de temor, corría ya por la calle de la aldea adelante, en busca del sendero por el que acababa de bajar. Una hora había invertido en el descenso. A pesar de todos mis esfuerzos, habían transcurrido dos horas más cuando llegué otra vez a la catarata de Reichenbach. Encontré todavía el bastón de montañero de Holmes apoyado en la roca junto a la cual yo le había dejado. Pero a él no se le veía por ninguna parte, y fue en vano el que yo gritase. La única respuesta que obtuve fue la de mi propia voz, que rebotaba, formando ecos sucesivos, en los peñascos que se alzaban a mi alrededor.

Fue la vista de aquel bastón de montañero lo que me dejó frío y enfermo. El atestiguaba que Holmes no había marchado a Rosenlauri. Se había quedado en aquel sendero de tres pies de anchura, con un muro cortado a pico en un lado y el abismo también cortado a pico en el otro, hasta que le alcanzó su enemigo. También había desaparecido el joven suizo, que estaba probablemente a sueldo de Moriarty y se había retirado dejando solos a los dos hombres. ¿Qué había ocurrido después? ¿Quién podía contarnos lo que después había ocurrido?

Permanecí inmóvil por espacio de un par de minutos para serenarme, porque me hallaba atónito por lo espantoso del suceso. Luego empecé a pensar en los métodos que seguía Holmes, e intenté ponerlos en práctica para esclarecer aquella tragedia. ¡Por desgracia, me resultó demasiado fácil la tarea! Nosotros ¡10 habíamos llegado en nuestra conversación hasta el final del sendero, y el bastón de alpinista indicaba el sitio en que nos habíamos detenido. La corriente continua de la nube de rocío mantiene eternamente blando el suelo negruzco, y hasta un pájaro dejaría en él su huella. Dos líneas de huellas de pie se distinguían con claridad a lo largo del sendero hasta su última extremidad, ambas alejándose de mí. Pero, en cambio, no había ninguna huella de pies en el sentido opuesto. A pocas yardas de la extremidad del sendero, el suelo estaba removido y convertido en un pequeño lodazal; las cañas y helechos que bordeaban el abismo estaban arrancados o destrozados. Me tumbé boca abajo y miré hacia el fondo, mientras las salpicaduras de agua menuda saltaban hacia arriba en torno



mío. Había ido oscureciendo desde mi marcha, y ya sólo podía distinguir, aquí y allá, el brillo de la humedad en las negras paredes, y allá muy hondo, al final de la hendidura, el relampagueo de las aguas revueltas con violencia. Grité; pero sólo llegó hasta mis oídos el mismo grito de la cascada, que parecía tener algo de cosa viva.

Pero mi destino había ordenado que, a fin de cuentas, recibiese yo unas últimas frases de saludo de mi amigo y camarada. Ya he dicho que su bastón de alpinista había quedado apoyado en una roca que sobresalía junto al sendero. El brillo de un objeto colocado en lo alto de esa roca hirió mis ojos; alargué la mano y me encontré con que lo producía la pitillera de plata que solía llevar consigo. Al cogerla en mi mano, cayó al suelo un pedazo pequeño y cuadrado de papel, sobre el que la pitillera se apoyaba. Lo desdoblé, encontrándome con que eran tres páginas arrancadas de su cuaderno de notas y que estaban dirigidas a mí. Dato característico de lo que era aquel hombre es que la dirección era tan clara y la escritura tan segura y legible, como si hubiese sido redactada en su despacho. Decía así:

*«Mi querido Watson: Escribo estas pocas líneas por una amabilidad del señor Moriarty, que espera el momento cómodo para mí de entablar la discusión final de las cuestiones que median entre nosotros. El me ha hecho un esbozo de los métodos de que se valió para esquivar a la Policía inglesa y mantenerse al corriente de nuestras andanzas. Confirman, desde luego, la elevada opinión que yo me había formado de su inteligencia. Me satisface el pensar que podré librar a la sociedad de los nuevos efectos que pudiera causarle su presencia en ella, aunque me temo que será a un precio que entristecerá a mis amigos, y especialmente a usted, mi querido Watson. Sin embargo, ya le tengo explicado que mi carrera había de todos modos hecho crisis, y que ningún otro final podía resultarme más a gusto que éste. Quiero hacerle una confesión plena, y es que yo estaba completamente seguro de que la carta de Meiringen era un cebo para atraerlo a usted, y le permití que marchase a cumplir aquel cometido con el convencimiento de que iba a producirse algún hecho de esta clase. Informe al inspector Paterson de que los documentos que necesita para demostrar la culpabilidad de la cuadrilla se hallan archivados en la carpeta M, dentro de un sobre azul que lleva la inscripción de Moriarty. Antes de salir de Inglaterra dispuse todo lo referente a mis bienes, e hice entrega de los mismos a mi hermano Mycroft. Sírvase presentar mis saludos a la señora Watson, y téngame, mi querido compañero, por sinceramente suyo,*

**Sherlock Holmes.»**

Bastarán sólo algunas palabras para el relato de lo poco que aún queda por contar. Un examen realizado por técnicos apenas si deja dudas acerca de que la lucha personal entre los dos hombres acabó, como no tenía más remedio que acabar, en semejante situación, cayendo ambos al abismo, abrazados el uno al otro.

Cualquier tentativa que se hiciese por recuperar los cadáveres estaba condenada a un fracaso irremediable, y allí, en lo más hondo del espantoso caldero de agua en remolinos y de espuma hirviente, quedarán para siempre el más peligroso de los criminales y el campeón más distinguido de la justicia que ha tenido su generación. No volvió a saberse el paradero del joven suizo, y no cabe duda de que se trataba de uno de tantos agentes como tenía Moriarty a sus órdenes. En cuanto a la cuadrilla, todavía recordará el público de qué manera más completa puso en evidencia a su organización la serie de pruebas que Holmes había acumulado, y cuán pesadamente cayó sobre ellos la mano del difunto. Pocos detalles salieron durante el proceso a la luz pública acerca de su terrible jefe, y si yo me he visto hoy obligado a hacer una clara exposición de su carrera, ello se ha debido a ciertos defensores poco juiciosos que han intentado reivindicar su memoria mediante ataques a la persona de aquel a quien yo consideraré siempre como el mejor y el más entendido de los hombres a quienes me ha sido dado conocer.